

Acaban de aparecer casi simultáneamente dos libros sobre el ministerio sacerdotal, que recogen los documentos más importantes del Magisterio Eclesiástico durante el siglo XX sobre un tema tan trascendental para la Iglesia como el sacerdocio.

1. El primer libro es un compendio de todos los discursos y textos de Pablo VI sobre el sacerdocio, desde que comenzó su pontificado hasta mediados del presente año. Lleva el subtítulo de *Reflexiones y discursos sobre el sacerdocio ministerial*. El prólogo, del cardenal John Wright, Prefecto de la Sagrada Congregación para el Clero, da una idea suficientemente clara del alcance y contenido del libro. Entre otras cosas dice: «Sin un sacerdocio ministerial bien configurado y capaz, nunca podrá existir un episcopado auténtico, y efectivo: sin un sacerdocio ministerial celoso y apostólico, los bautizados nunca recibirán el alimento de la vida sacramental plena, que los prepara para desempeñar su indispensable papel en la vida de la Iglesia sacerdotal».

«El Papa Pablo aporta dotes desacostumbradas a la exposición y reivindicación del sacerdocio ministerial. Dejando aparte la autoridad y los carismas de su ministerio como sumo sacerdote de la Iglesia de Cristo, el año pasado celebró sus bodas de oro en el sacerdocio ministerial: cincuenta años en los que no ha permitido que las tareas diplomáticas, los cargos prelaticios o las responsabilidades ejecutivas le hagan olvidar que él es ante todo, sobre todo y siempre, un sacerdote».

«Para él significa ser Cristo entre nosotros. Como él mismo ha dicho: *El sacerdote no es un representante de Cristo, sino Cristo personificado*».

«Hay voces que, en este momento, adquieren una urgencia especial a causa de la crisis del sacerdocio ministerial y de la consiguiente necesidad de sacerdotes, que los laicos ven cada vez con más claridad y exponen con mayor insistencia».

Aquí el cardenal Wright introduce una cita de Jean Guitton, que es extraordinariamente representativa: «Temo que los sacerdotes del futuro, en su noble aspiración de mezclarse con nosotros los laicos, se sientan tentados a acercárcenos demasiado, perdiendo tiempo y energías en su intento de hablar nuestra jerga típica, adoptar nuestras actitudes y formas de ser».

«Cuando escucho a sacerdotes jóvenes, amigos míos, me desagrada observar que no parecen apreciar suficientemente la dignidad de su especial vocación. El sacerdocio no es un asistente social, ni un profesional, ni un técnico. Les digo entonces:

*Lo que los seglares queremos de vosotros es que nos deis a Dios mediante vuestros poderes exclusivos de absolver y consagrar; recordad siempre que os consideramos los representantes entre nosotros del Eterno, los embajadores del Absoluto, necesitamos teneros entre nosotros para que nos demostréis que El existe y que, de hecho, está más cercano a nosotros de lo que podemos imaginar».*

2. El segundo libro recoge ocho documentos del Magisterio de la Iglesia. Sigue un orden cronológico: comienza por la encíclica *Haerent animo* de S. Pío X (1908), y termina con la *Sacerdotalis coelibatus* de Pablo VI (1967).

La obra incluye también los Decretos que el Concilio Vaticano II dedicó al ministerio, vida y formación de los sacerdotes. Como es sabido, en ellos aparece una decisiva profundización doctrinal acerca del sacerdocio, en plena consonancia con las grandes Encíclicas de los Papas que han dirigido al orbe católico durante el presente siglo.

Se brinda así al lector una posibilidad —hasta ahora inédita— de acceder con facilidad a los documentos que compendian la doctrina católica sobre el sacerdocio. Los editores han preparado, además, una traducción especial que, conservando plena fidelidad a los textos latinos originales, hace más ágil el lenguaje y más fácil la lectura.

JAVIER F. DEL MORAL

## Celibato sacerdotal

JAMES A. MOHLER, S. J., *The origin and Evolution of the priesthood*, 1 vol. de XV+137 págs., New York, 1970.

Estamos asistiendo, sobre todo a partir del Concilio Vaticano II, a una situación velozmente progresiva en la que la figura del sacerdote está sometida a profunda crisis sobre todo en el ámbito de su vida práctica. Aquella figura venerable del sacerdote, sobre todo párroco, considerado por la comunidad parroquial como el consejero en los matrimonios, el psicólogo a quien se podía consultar los problemas personales y familiares, el maestro

y a veces hasta el perito en leyes, además de ministro de Jesucristo con misión y poder para ponerlos en contacto con Dios, ha quedado desmantelada de casi todas sus prerrogativas, o mejor dicho, de todas sus prerrogativas humanas, entre otras razones por la presencia en la misma comunidad de seglares técnicamente mejor preparados y con el propósito de ejercer profesionalmente las competencias que el sacerdote ejercitaba como «amateur», bien que llenando un vacío importante, por lo que merece las mejores alabanzas. Aquel sacerdote encarnado en su tiempo según las exigencias de aquella sociedad asiste a una transformación radical de la sociedad que ya no lo necesita como titular de aquellas prerrogativas temporales, aunque sí lo necesita ahora como entonces en cuanto poseedor de la misión divina de santificar a los hombres trasmitiéndoles la Palabra de Dios y su gracia. No obstante, un sector del clero parece que se halla empeñado en encarnarse en la nueva sociedad caracterizada por el compromiso social y político, afán que en gran parte obnubila lo que de esencial y permanente comporta el sacerdocio ministerial y que lleva como consecuencia una pregunta que asalta la mente de muchos: ¿Qué diferencia existe entre el sacerdote y el laico? ¿Cuál es la función del sacerdote hoy?

Como la contingencia del hombre le hace ser limitado en todo, también en sus manifestaciones psicológicas resulta que ciertas actitudes humanas presentadas como innovadoras pueden encontrarse varias veces repetidas a través del curso de la historia. No puede ser una excepción la actitud del hombre ante la realidad sacerdotal.

Mohler recurre a las fuentes de los cuatro primeros siglos de la vida de la Iglesia, para demostrar que en aquella época ya existían dilemas parecidos a los actuales y estudiar desde una perspectiva de veinte siglos la existencia, que aparece patente, de las características esenciales del sacerdocio ministerial que entonces como ahora permanecen inmutables. Fruto de ese estudio es el libro que recensamos y que creemos de máxima actualidad tanto por el tema como por el tratamiento, aunque no compartamos todas sus conclusiones, por ejemplo la división que hace, con previsión de futuro, de sacerdotes casados y sacerdotes célibes dentro de la Iglesia occidental y las características con las que los distingue. Sus propias palabras reflejarán mejor su pensamiento: «I believe, it will welcome a ministry which is at least in part removed from the temple and given back to the people,

a ministry which is a part of the world, leading and exemplary and hospitable family life so recommended to the early presbyters».

«This author feels that although the Christian ministry may well move in the direction of a simplified, socialminded, Word-centered service, man will always seek a ritual, sacrificial, a holy and sacred and cultic priesthood apart from the world, interceding, propiating, offering at the altar of God in lieu of Christ the High Priest».

Creemos que el autor padece un error conceptual de base, al interpretar la historia: una cosa es que en la primitiva Iglesia, ya desde San Pablo, se aconsejase a los portadores del sacerdocio ministerial una vida matrimonial honesta que les hiciese dechados de virtudes familiares para ejemplo de los cristianos en un contexto social en el que lo normal era el matrimonio y lo excepcional el celibato, y otra muy distinta es que la conciencia de la primitiva Iglesia alabase la vida matrimonial como el ambiente y marco más propicio para el desarrollo de las virtudes sacerdotales; y esto por dos razones muy simples deducidas de la primitiva Iglesia y que no concuerdan con las que trae el padre Mohler apoyado también en la primitiva Iglesia: una que para ser dechado de virtudes familiares no era necesario ser sacerdote, sino simplemente cristiano —piénsese en la doctrina paulina sobre el matrimonio—, y la segunda porque el mismo San Pablo a la hora de establecer la condición personal ideal para estar libre y no dividido —santo en cuerpo y alma, y así poder dedicarse de lleno al servicio del Señor, cualidades todas que encajan perfectamente en lo que debe ser la vida del sacerdote—, habla precisamente del celibato, e invita a todos —creo que de modo especial debe ir dirigida esa invitación a quienes participan de su mismo ministerio— a seguir su ejemplo (cfr. I Cor. c. 7).

El sacerdote célibe del futuro, según el padre Mohler será un hombre sagrado y dedicado al culto, separado del mundo y con la misión única —al menos él no señala otra— de interceder y ofrecer para propiación de los hombres ante el altar de Dios como ministro de Cristo el Sumo Sacerdote.

Nuevamente el autor sufre un error al confundir el sacerdote célibe con el sacerdote religioso, que por vocación religiosa, al margen de la sacerdotal, es llamado por Dios a testimoniar ante el mundo, con su condición de vida personal y comunitaria apartada del mundo y consagrada por unos votos, la dimensión escatológica de la Iglesia. Por otra parte, es comprensible que una persona que

viva la doble vocación sacerdotal y religiosa, llegue a la conclusión de que el tipo ideal del sacerdote célibe sea el religioso, o mejor, yo diría, el sacerdote monje; al menos, así se deduce del estilo de vida que aplica al futuro sacerdote célibe. Por tanto, hay que aclarar conceptos: unas son las características de la vocación celibataria, otras las de la religiosa y otras las de la sacerdotal, aunque varias o todas ellas puedan encontrarse fundidas en una persona concreta. Por tanto, pueden darse —y la vida actual de la Iglesia es muy rica en ejemplos— lo mismo religiosos que sacerdotes que seglares con vocación celibataria, siendo cada contexto vocacional muy distinto de los demás. No es necesario traer argumentos especiales para demostrar esta afirmación; baste remitir a la vida de la Iglesia y a su Magisterio de todos los tiempos, nunca tan explícitas ambas realidades —vida y Magisterio— como en la actualidad.

La idea que sí compartimos totalmente es aquella con la que termina la monografía: «Finally, although the return to earlier and simpler forms of the liturgy and ministry may bring an increase in fervor, we ought also heed the early warnings against false prophets and teachers, against schisms and heresies, uniting all around the bishop, the center of unity and the guardian of tradition with the Roman church in the West as the true measure of the Apostolic tradition».

Efectivamente es esencial la unión con los Obispos y el Papa y la obediencia a sus decisiones para poder vivir la verdad de la Iglesia de Cristo. Por cierto que hoy mismo, 7 de noviembre, se clausura el Sínodo de Obispos, órgano consultivo general del Romano Pontífice en donde están representados todos los Obispos, de la Iglesia universal, y una vez más se han definido mirando al futuro, por la necesidad de llamar al sacerdocio sólo a aquellos hombres que han recibido de Dios el carisma del celibato y están dispuestos a conservarlo por toda la vida. Es decir, al procurar una vez más ser fieles a la voluntad de Cristo sobre su Iglesia, se han adherido a la doctrina multiseular mantenida en la Iglesia cuya última confirmación oficial y explícita se encuentra en la todavía reciente Encíclica de Pablo VI «Sacerdotialis coelibatus» (24 de junio de 1967).

El libro está dividido en cinco capítulos que enuncia así: I. Jewish presbyters of the first century; II. Christian presbyters of the New Testament; III. Prophets and presbyters of the second century; IV. Presbyters become priests: third cen-

tury church order; V. The Sacred and the secular: fourth century sacerdotalism. Termina con un último capítulo dedicado a las conclusiones, el índice bibliográfico y el de materias.

JUAN ARIAS

JOSEPH COPPENS, *Sacerdocio y celibato*, 1 vol. de 604 págs., Ed. Católica, Madrid, 1971.

Entre la gran cantidad de estudios recientes sobre el sacerdocio se notaba la escasez de obras de síntesis que pusieran de manifiesto de una manera orgánica y profunda los logros de la teología con respecto a este tema y que, a la luz de la fe, dibujaran las líneas directrices de la misión sacerdotal enlazándola con la tradición de la Iglesia.

Este es el propósito del libro *Sacerdocio y celibato*, dirigido por el profesor Joseph Coppens, de la Universidad Católica de Lovaina, que ha reunido en torno de sí un grupo de especialistas en temas bíblicos, históricos y teológicos.

El libro está dividido en dos partes claramente definidas. En la primera se estudia el ministerio sacerdotal de un modo exhaustivo. Desde el sacerdocio en el Antiguo Testamento y la diferencia, dentro de la continuidad, con su misión en el Nuevo, hasta la doctrina de las encíclicas de los últimos Papas y del Concilio Vaticano II, pasando por todo el magisterio multiseular de la Iglesia, con especial hincapié en los documentos del Concilio de Trento.

El libro pone de manifiesto tres aspectos centrales del sacerdocio: el primero y principal es el de «prolongar el acto redentor (de Cristo) por excelencia, es decir, su pasión sacrificial y su resurrección». Los otros dos aspectos fundamentales para continuar la obra salvífica de Cristo «implican prolongar su mensaje de salvación... y el influjo de su gracia por el don del Espíritu, aspectos que, por otra parte, culminan y se realizan al máximo en la misión sacrificial.

La segunda parte del libro aborda el tema del celibato sacerdotal. Estudia en primer lugar cómo el celibato por el Reino de los Cielos enlaza directamente con las palabras del Señor, y posteriormente analiza la doctrina de San Pablo y el celiba-